

LOS TIPOS SOCIALES EN LAS NOVELAS DE AZORÍN. EL 'ALMA NACIONAL' DE LOS PUEBLOS ABÚLICOS

*Dorde Cuvardic García **

RESUMEN

En los pueblos abúlicos de las novelas de Azorín predominan ciertos tipos sociales rurales, representativos del 'alma española'. Los más comunes son la monja, el labrador, los intelectuales (que, después de luchar infructuosamente en las ciudades modernas, se retiran al espacio de las ciudades y los pueblos abúlicos), los inventores de artefactos inútiles, los curas, las ancianas beatas, los representantes de oficios en trance de desaparición... Como símbolos que son, cuentan con una semántica ambivalente: por una parte, sintetizan el 'problema de España', la incapacidad que tiene la nación ibérica para resolver sus problemas colectivos; por otra, si se sabe indagar en los valores de estos tipos sociales, de ellos se obtendrán las posibilidades para resolver el marasmo moral y social del país. Solo algunos de estos tipos sociales aparecen en el *topos* de la ciudad muerta, a escala europea: es el caso de la monja, que adquiere una semántica parcialmente diferente a la ofrecida por Azorín y otros escritores de la Generación del 98.

Palabras clave: Ciudad muerta, pueblo abúlico, tipo social, Azorín, alma nacional, Generación del 98.

ABSTRACT

Certain social rural types, representative of the 'Spanish soul', predominates in the apathetic villages of Azorín's novels. The most common of these are the nun, the farmer, and the intellectuals (who, after struggling unsuccessfully in modern cities, retire to the space of apathetic/ lethargic/indolent cities and towns), the inventors of useless artifacts, the priests, elder female devotees, and representatives of vanishing occupations... As symbols, they possess an ambivalent semantics: on the one hand, they synthesize the 'Spain problem', that is, the Iberian nation inability to solve its collective problems, and secondly, if explored carefully, the values of these social types will provide the possibilities to solve the moral and social stagnation of the country. Only some of these social types appear in the *topos* of the dead city at a European level; such is the case of the nun which acquires a **partially different semantics to that offered by Azorín** and other writers of the 98's Generation.

Key Words: dead city, apathetic/indolent public, social type, Azorin, national soul, the 98's Generation.

1. Introducción

En las novelas de Azorín, aunque implican un nuevo tipo de novela, frente a la practicada en la época de la Restauración borbónica (1872-1899), sobre todo en el ámbito de la acción (que se reduce al mínimo), en términos de la construcción de los personajes, en cambio, se sigue practicando el paradigma costumbrista-

realidad. El principal criterio constructivo del personaje es el tipo social. Desde esta categoría general, el personaje individual o colectivo queda identificado o situado.

Los pueblos abúlicos, en las novelas de Azorín, cuentan con tipos sociales representativos. Tomamos como corpus del análisis las siguientes novelas: *Diario de un enfermo*, 1901; *La voluntad*, 1902; *Antonio Azorín*, 1903; *Las*

* Profesor, Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, Universidad de Costa Rica.
Recepción: 17/04/12. Aceptación: 04/06/12.

confesiones de un pequeño filósofo, 1904; *Don Juan*, 1922; y *Doña Inés*, 1925. Algunos quedan individualizados y cuentan con una identidad nominal; otros, cambio, quedan descritos como colectividad y pueblan, como trasfondo, estos espacios. En este último caso, cobran importancia los tipos sociales que deambulan por las calles de las ciudades y de los pueblos abúlicos. Carecen de psicología individual y muchas veces se describen desde la estética impresionista. Son siluetas de la escenografía de la calle: arrieros, labriegos, ancianas beatas... Es común en la prosa de Azorín, como sucede en la novela *Antonio Azorín*, la enumeración estos tipos sociales como procedimiento para expresar la ‘reposo’ o letargo del pueblo abúlico y la escasez de actividades económicas. La placidez queda materializada en el reposo con el que realizan estos tipos sociales las actividades cotidianas, se expresa:

en esas comadres que van a los hornos con sus mandiles rojos y verdes, o en esos anacalos que van a recoger el pan a las casas; en esas viejas que os detienen para quitaros un hilo blanco que lleváis a la espalda; [...] en esos niños que se dirigen con sus carretas a la escuela y se entretienen jugando en una esquina; en esas devotas con sus negras mantillas, que sacan una enorme llave y desaparecen por los zaguanes oscuros (Azorín, 1998: 142-143).

La representación de los tipos sociales en las novelas de Azorín se encuentra al servicio de la construcción del ‘alma española’ (en el que queda integrado, preferentemente, el castellano, el manchego y el levantino), proyecto que Azorín sistematizó en la colección de ensayos *El alma castellana*, 1900. El estudio o indagación del ‘alma nacional’, en el marco de la corriente psicológica de la *Völkerpsychologie* (psicología de los pueblos), derivación más sistematizada de la *Volkgeist* (espíritu popular) romántica, supone la búsqueda de unos valores comunitarios que permitan definir la singularidad de un pueblo o nación (Martín, 2000: 149: nota 6). Las manifestaciones materiales de la cultura cotidiana (costumbres, mundo objetual) expresan la psicología y valores de la comunidad social o pueblo (Peña, 1978: 84). La Generación del 98

se ocupará de describir estas manifestaciones materiales para dar a conocer al lector la psicología del pueblo español. Pero el propósito de esta Generación no solo es descriptivo, sino también pragmático. El conocimiento del espíritu colectivo nacional, con sus defectos y cualidades, será un factor clave en la renovación de los valores espirituales y morales que busca este grupo de intelectuales (Peña, 1978: 87). Los valores nacionales, como símbolos que son, cuentan con una semántica ambivalente: por una parte, sintetizan el ‘problema de España’, la incapacidad que tiene la nación ibérica de resolver sus problemas colectivos; por otra, de ellos se obtendrán las posibilidades para resolver el marasmo moral y social del país, situación en la que se encontraba con el cambio de siglo.

2. Tipología de tipos sociales de los pueblos abúlicos de las novelas de Azorín

La psicología y el comportamiento de los habitantes de los pueblos abúlicos se encuentran determinados por el medio social y físico en el que conviven. Azorín emplea este determinismo ambiental y social en la construcción de sus personajes (etopeya). La dureza del invierno y del verano y la vida monótona del pueblo imponen un comportamiento hosco, taciturno, introvertido, en ocasiones orientado hacia la brutalidad y el crimen. Es la actitud ante la vida que José Gutiérrez Solana definió como *carpetovetónico* en su libro *España negra*, 1920, estudiado por Vigneron (2009b: 335). Si el comportamiento de los animales, según el pensamiento evolucionista-darwinista, está determinado por el medio social y físico, la raza y la herencia, también serán factores que determinen el comportamiento de los seres humanos. Estas ideas fueron usadas por los escritores, en la ficción literaria, a la hora de interpretar la psicología y las acciones de los personajes. Así, por ejemplo, Balzac, en su “Prefacio” a *La comedia humana*, establece analogías entre el comportamiento de los seres humanos y el de los animales, así como entre sus respectivos factores causales. En *La novela*

experimental, publicada en 1880, Émile Zola (2002: 41), por su parte, habla de la posibilidad de reemplazar la palabra médico por la de novelista. Este último puede diagnosticar, en este sentido, las enfermedades del cuerpo social, como conjunto orgánico de sus individuos o miembros. Zola, específicamente, se refiere a la herencia, que tiene influencia en el intelecto y las pasiones del ser humano, y al medio ambiente, en particular el medio social, como determinantes de la psicología y del comportamiento humano (Zola, 2002: 59).

Podemos discernir el determinismo de la herencia en las reflexiones del narrador de *Las confesiones de un pequeño filósofo*, 1904. Azorín se pregunta sobre los habitantes de Yecla: “¿De dónde proviene este sedimento de tristeza, de amargura y de resignación? [...] ¿Por qué son tan taciturnos estos labriegos, con sus cabezas pardas, y por qué suspiran estas buenas viejas de casa en casa malagorando?” (Azorín, 1968: 53). La explicación que ofrece seguidamente para responder a esta pregunta pertenece al determinismo de la herencia: “Yo imagino que estos labriegos y estas viejas llevan en sus venas un átomo de sangre asiática...” (Azorín, 1968: 54). Hace siglos, vinieron a habitar el valle de Yecla pueblos procedentes de Oriente, del Ganges, del Indo, de Fenicia. Al ver a las yeclanas, Antonio Azorín imagina “que corría por sus venas, a través de los siglos, una gota de sangre de aquellos orientales meditativos y soñadores.” (Azorín, 1968: 54).

El medio social también impone una psicología y estado de ánimo a sus habitantes. La melancolía, la tristeza de vivir, se encuentra íntimamente asociada a una comprensión del catolicismo como rito que inculca el sentimiento de culpa y la renuncia a cualquier comodidad material. En *Antonio Azorín*, el narrador recrea el amortajamiento, el enclaustramiento, en el que viven muchos de los habitantes, sobre todo las mujeres ancianas, de los espacios provincianos:

He aquí dos o tres seres humanos que viven en un caserón oscuro, que van enlutados, que tienen las puertas y las ventanas cerradas, que mantienen vivas continuamente unas candelicas ante unos santos, que rezan a cada campanada que da el reloj,

que se acuerdan a cada momento de sus difuntos. [...] Es preciso vivir en provincias, observar el caso concreto de estas casas, para capacitarse de lo hondo que está en nuestra raza esta melancolía (Azorín, 1998: 78).

El medio social se comprende como factor determinante o causa, y la ausencia de actitudes vitales -la abulia- como consecuencia¹. La predisposición económica e intelectualmente emprendedora se encuentra ausente de los habitantes del pueblo abúlico. Prieto de Paula (2006: 192) describe la etopeya de los habitantes de *Un pueblecito (Riofrío de Ávila)*, de la colección España; sin un horizonte existencial alternativo “pasan su vida en la rebotica o en el casino, en el paseo o en el huerto de la casa, entregados al hidalguesco no hacer nada sin haber hecho nada antes.” Son individuos imbuidos de ‘tedio’ rural. Importante precedente de esta crítica del ‘problema de España’ es el hidalgo que Gazel, en carta dirigida a Ben-Beley, critica en una de las cartas de las *Cartas marruecas* (Carta VII), de José Cadalso, en la segunda mitad del siglo XVIII. Esta inacción y falta de voluntad prosiguen, más de un siglo después, en la España rural. Una visión ‘hidalguesca’ de la vida, que considera el ejercicio de los oficios prácticos como algo vergonzoso, sume al país en el marasmo intelectual, moral y económico.

En todo caso, el hidalgo no solo es un tipo social objeto de crítica regeneracionista. Es un símbolo ambivalente del alma nacional. Aunque improductivo, y símbolo del marasmo económico de España, el hidalgo también es homenajeado por los narradores, en la escritura de Azorín, por los mismos motivos por los que son ensalzados otros tipos sociales, como el de la monja, o el sencillo cura de pueblo: simboliza valores positivos del ‘alma’ nacional como la defensa a ultranza de las tradiciones y su fortaleza frente a las adversidades materiales. Es el caso del hidalgo Menchiron (Capítulo XXXV de *Las confesiones de un pequeño filósofo*) cuyo luto ante la muerte de su hija nos recuerda el que asumió Hugues Viane, en la novela *Brujas la muerta* (1892), ante la muerte de su esposa.

2.1. El intelectual en la ciudad provinciana

Los personajes protagonistas de las novelas de Azorín son intelectuales alejados del debate político. Se dedican a la reflexión filosófica. Es el caso, en primer lugar, del propio Antonio Azorín, en *La voluntad* y *Antonio Azorín*; o de Don Juan del Prado y Ramos, en *Don Juan*.

El intelectual del pueblo abúlico aplica, en su cotidianeidad, una moral epicúrea. Se dedica a los placeres ‘nimios’: paseos, lecturas, reflexiones filosóficas, aficiones bibliográficas... De la etopeya de Don Juan del Prado y Ramos (*Don Juan*, Capítulo II) se resalta, por ejemplo, su dedicación a la soledad, la meditación, la tolerancia y el arte. En algunas ocasiones, son personajes que han vivido en ciudades (Madrid, por lo general) y, desencantados del periodismo o de la política, se han retirado al pueblo, como el tío Antonio, en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, o Don Federico, el periodista de *Don Juan*, que trabajó en Barcelona, Bilbao y Valencia.

Epicúreos que desarrollan actividades intelectuales son, en *Don Juan*, el obispo ciego, el maestro don Gonzalo, o el maestro de escuela Reglero (que lleva a los niños a la casa del herrero y del tejedor, para que observen estos oficios tradicionales antes de su desaparición²....

En *Antonio Azorín*, hablamos de Verdú o de don Víctor. En *La voluntad*, es el caso del Padre Lasalde, “sabio arqueólogo” (Azorín, 1996: 114). En ocasiones, son interlocutores intelectuales del protagonista. Además, los protagonistas de la novelas de Azorín tienen una relación estrecha con los gobernadores, a quienes visitan, como se describe en la entrada 22 de noviembre de 1899 de *Diario de un enfermo*. El narrador se identificará con estos letrados locales, en términos de visión de mundo e ideales. Los protagonistas de las novelas de Azorín (Antonio Azorín, Don Juan), solos o acompañados de sus amistades, visitan a estos intelectuales provinciales, ocasión que motiva la confección de un ‘retrato’ de estas personalidades locales por parte del narrador.

El paseo solitario caracteriza a los protagonistas de la ciudad muerta simbolista, a

escala europea. A través del paseo, el intelectual, o simplemente el personaje meditativo, reflexionará sobre el carácter amortajado del pueblo abúlico y sobre su comprensión nihilista del mundo. Así, por ejemplo, en *Diario de un enfermo*, al final de la entrada 19 *Noviembre de 1899* (10 noche), el narrador declara: “Angustiado, anhelante, divago a través de la vetusta ciudad, silenciosa, inhabitada, muerta...” (Azorín, 2000: 208). Su divagación es tanto física como intelectual. El paseo también lo puede realizar la *flâneuse*, como ocurre en Doña Inés: “Doña Inés recorre la ciudad y pasea por los contornos. Suele recrearse lentamente en la umbrática espesura de la alameda.” (Azorín, 1997: 66). Individual o en compañía, el paseo es filosófico: es el caso, por ejemplo, de los diálogos que sostienen Yuste y Azorín en *La voluntad* en los alrededores de Yecla, donde desarrollan reflexiones nihilistas sobre la existencia humana y la noción del Eterno retorno de las cosas. Asimismo, deben destacarse las conversaciones que protagonizan Antonio Azorín y Sarrió durante sus paseos en la novela *Antonio Azorín*, o entre don Juan y don Quijano en *Don Juan*. Otros paseos, esta vez en solitario, son emprendidos por Don Juan, en la novela del mismo nombre, a la Chopera (Azorín, 2002: 78-79). Ocasionalmente, durante los paseos, los protagonistas reflexivos de las novelas de Azorín encuentran tipos representativos de la España rural, símbolos de la opresión que provoca un sistema de vida brutal, como el niño que carga un haz de leña en el Capítulo XXXII de *Don Juan* (Azorín, 2002: 102). En estas ocasiones, el sujeto intelectual reflexiona sobre el ‘alma’ española.

El mismo cariño que reserva Azorín a la monja queda depositado en el maestro de escuela rural, lleno de sabiduría sencilla, en contacto con la naturaleza. Es el caso del maestro Reglero, ya mencionado, de *Don Juan* (Azorín, 2002: 64-5). Solo en pocas ocasiones queda el maestro, como tipo social genérico, investido de valores negativos. Asociado a la ausencia de ideas progresistas se encuentra la enseñanza autoritaria del maestro de escuela rural en un retrato incorporado en *Las confesiones de un pequeño filósofo*, novela autobiográfica de la infancia de Antonio Azorín: “hombre seco,

alto, huesudo, áspero de condición, brusco de palabras, con unos bigotes cerdosos lacios, que yo sentía raspear en mis mejillas cuando se inclinaba sobre el catón para adoctrinarme con más ahínco.” (Azorín, 1968: 19).

En ocasiones, en sus textos ensayísticos, Azorín desarrolla una férrea identidad de intereses con figuras históricas, por lo general olvidadas, de la vida intelectual española. José Ortega y Gasset (1957: 167), en el ensayo *Azorín o los primores de lo vulgar*, de 1917, acuña el término *sinfronismo* para referirse a la comunión o identificación entre la visión de mundo de dos sujetos o épocas alejadas en el tiempo, como la que establece Azorín con muchas figuras olvidadas de la vida intelectual española. Al igual que el *sincronismo* es la coincidencia de fechas entre seres humanos o circunstancias heterogéneas, “debemos hablar de *sinfronismo* o coincidencia de sentido, de módulo, de estilo entre hombres o entre circunstancias desparramados por todos los tiempos.” (Ortega y Gasset, 1957: 167) (en cursiva en el original). El ejemplo que incorpora Ortega y Gasset en su argumentación es el del personaje Jacinto Bejarano, olvidado escritor de finales del siglo XVIII, párroco de Arévalo, que se describe en *Un pueblecito (Riofrío de Ávila)*, de la compilación *España*. En este texto, Azorín declara haber desarrollado una comunión absoluta entre sus valores e intereses y los de esta personalidad, al considerar que los dolores espirituales de este último son los suyos propios. Ortega y Gasset precisa, mediante el término *sinfronismo*, la corriente de simpatía que se puede dar entre un ser humano y una circunstancia, una lectura o una obra de arte: “Una lectura, una persona, un hecho sobrevenido prestan de súbito tal misteriosa corroboración a nuestras íntimas germinaciones. Dijérase que esa circunstancia exterior y esta posibilidad en mí latente poseyeran una previa, radical fraternidad” (Ortega y Gasset, 1957: 166). Pero también el *sinfronismo* se puede dar entre José Martínez Ruíz [Azorín] y algún personaje de sus novelas, cuentos o ensayos. De hecho, sintió tal *sinfronismo* hacia un personaje ficcional, el de Antonio Azorín, que asumió su identidad nominal como pseudónimo.

2.2. El campesino español

Más allá de los tipos sociales intelectuales, en las novelas de Azorín proliferan los populares, símbolos del ‘alma’ castellana. Uno de los más representativos es el labrador manchego. Además de la descripción de los viejos labradores al inicio del capítulo 11 de la I parte de *Antonio Azorín*, el ejemplo más conocido de este tipo social aparece en *La voluntad*, en el retrato del Abuelo:

El Abuelo sintetiza al labrador manchego. La fe mana abundosa en el corazón del labrador manchego. Es sencillo como un niño; es sanguinario exasperado. Habla lentamente; se mueve lentamente. Impasible, inexpresivo, silencioso, camina tras el arado tardo en los llanos inacabables; o permanece, si los días son crudos, inmóvil junto al fuego, mientras sus manos secas tejen automáticamente el fino esparto. El labrador manchego no tiene amor al árbol. Viste de paño prieto; come frugalmente. Es cauto; recela de los halagos oficiosos; malicia de la novedad incomprendida” (Azorín, 1996: 160).

Para Azorín, el labriego constituye una figura ambivalente. Como todos los representantes del ‘alma castellana’, Azorín aprecia tanto sus valores positivos (fe; sencillez; frugalidad, cautela, valores de la moral *senequista* típica del alma castellana), así como denuncia los negativos (sanguinario, introvertido; receloso). Contribuye a la deforestación del país, problema que ya había denunciado el regeneracionismo. Este problema ecológico y económico ocupó la atención de intelectuales como Joaquín Costa, en ensayos de economía agrícola como *El arbolado y la patria*, o a poetas como Rosalía de Castro, que cuenta con un poema contra la deforestación de Galicia en el poema *Los robles*, de *En las orillas del Sar*, 1884. En *Don Juan*, Azorín también se ocupa del problema nacional de la deforestación, aunque no queda asociado este problema a los labradores. En este último caso, don Leonardo, ‘viejo roble’, cuida de los árboles de la Chopera, que desaparecen al llegar los leñadores: “Los árboles no están bien. Una tropa de leñadores ha venido con sus hachas y sus sierras a la alameda, y, de orden superior, ha talado los más bellos ejemplares de olmos y de chopos” (Azorín, 2002: 80).

El retrato del labriego rural no solo se presenta en Azorín, sino también en otros autores noventayochistas. Es el caso del relato de viajes *La España negra*, de José Gutiérrez Solana, donde predominan descripciones dominadas por el primitivismo de los labriegos, como se ha encargado de analizar Vignerón (2009: 309-406). Azorín, en cambio, encuentra valores tanto positivos (senequismo) como negativos (contribuye a desertizar los campos, al rechazar los sistemas modernos de cultivo) en este tipo social.

2.3. Tipos sociales eclesiásticos: párrocos, monjas y viejas beatas

También son comunes los tipos sociales vinculados a la esfera religiosa. En ocasiones, son siluetas que forman parte de la escenografía del pueblo abúlico, como sucede en las calles de Orihuela, de *Antonio Azorín*: “Van y vienen por las calles clérigos con la sotana recogida en la espalda, frailes, monjas, mandaderos de conventos con pequeños cajones y cestas” (Azorín, 1998: 151). Pero más allá de la descripción escenográfica de los tipos sociales, a veces estos últimos quedan singularizados. En estos casos, el sacrificio y la perseverancia ante la adversidad, valores primordiales del ‘alma castellana’, que hemos visto en la construcción de otros tipos sociales, como el labriego o la mujer dueña de su hogar, también perfila la descripción de los párrocos de los pequeños pueblos. Los vocacionales curas de pueblo que mantienen una pobre parroquia en situaciones de miseria material extrema, llaman la atención del narrador en las novelas de Azorín, como el joven sacerdote de *Antonio Azorín*: “Yo creo que este clérigo, como otros muchos, merece nuestro respeto y hasta nuestra admiración.” (Azorín, 1998: 9).

Los feligreses, en cambio, nunca quedan singularizados. Se mencionan en muchas ocasiones, pero en todas ellas son siluetas de la escenografía religiosa del pueblo abúlico. Son parte del paisaje urbano, como en *Antonio Azorín*: “entran y salen en las iglesias mujeres

con mantillas negras, hombres que remueven en el bolsillo los rosarios.” (Azorín, 1998: 151).

Uno de los tipos sociales más representativos de Azorín y otros autores de la Generación del 98 es la monja. Su aparición es muy común en las construcciones tanto *transpirenaicas* como peninsulares del topos simbolista de la ciudad muerta. Queda representada, por ejemplo, en la poesía simbolista belga, en los *crepuscolari* italianos, en Rilke, en las artes visuales simbolistas fin de siglo... En este último caso, se ocupó de representar a la monja, por ejemplo, el pintor belga Xavier Mellery, en cuadros como *Después de los rezos de la tarde*, alrededor de 1910. Flanell (1990: 21-52), en su clásico estudio sobre el topos en la ciudad muerta en la literatura europea, trata el tema de la monja en tres vertientes: primero, como figura de introspección que expresa estados de comunión y refugio en la vida interior; segundo, como alegoría del poeta, desde la imaginaria del silencio y del canto; y tercero, desde el motivo de la monja letal (proveedora de la muerte), asociada a la imaginaria de la nieve. Creo que en el caso de Azorín (y de autores como Pío Baroja) la monja, que vive en una atmósfera de sosiego y recogimiento en el convento, es una alegoría en la que se proyecta la búsqueda de quietud e introversión que el intelectual ansía obtener, desprendido de los compromisos políticos asumidos previamente en la ciudad moderna, al igual que Baudelaire proyectó en figuras de la otredad urbana marginal (*Las flores del mal*, *Los pequeños poemas en prosa*) su propio sentimiento de exterioridad frente a la mercantilización utilitarista de la sociedad. En esta ocasión interesa apreciar la proyección alegórica del artista y su papel en la sociedad en la figura de la monja, en *La voluntad*:

Todo es la imagen –piensa–, y como el mundo es nuestra representación, la vida apagada de una monja es tan intensa como la vida tumultuosa de un gran industrial norteamericano. Y es desde luego más artística..., con sus silencios augustos, con sus movimientos lentos y majestuosos, con sus rituales misteriosos, con sus hábitos blancos con cruces coloradas, o negros con blancas tocas. Y siendo su vida más artística, es más moral, más justa y más humana. (Azorín, 1996: 112).

En *La voluntad*, el narrador considera que la monja cuenta con una intensa vida interior. La monja es el 'doble' del artista: ambos son figuras 'espirituales', dedicadas a sus respectivas 'religiones'. Actitud contemplativa ante la vida e intensa vida espiritual son atributos que comparten la monja y el artista.

Más allá de la identificación con el artista, Azorín aprecia en la monja valores relacionados con la ingenuidad, con un sistema de vida no contaminado por los valores materialistas de la modernidad. Estos valores, que solo quedan sugeridos, aparecen en el capítulo IX, *Las monjas pobres*, de *Don Juan*. En el Convento de las Capuchinas de la Pasión:

todo está limpio y blanco. Blancas las paredes; blancas las puertas; blanca la tosca loza en los vasares. Silenciosamente, como sin apoyarse en el suelo, desfilan las monjas por los blancos corredores. Las rosas rojas de un rosal –en un patio interior de muros lisos- destacan, bajo el azul del cielo, sobre lo blanco unánime. (Azorín, 2002: 51).

En *Campos de Castilla*, de Antonio Machado, el yo-lírico, como en la novela *Antonio Azorín*, también aprecia en una monja, en el contexto del viaje en ferrocarril, valores pertenecientes a la esfera de la purera y la ingenuidad:

¡Frente a mí va una monjita/tan bonita! Tiene esa expresión serena/que a la pena/da una esperanza infinita./Y yo pienso: Tú eres buena;/porque diste tus amores/ a Jesús; porque no quieres/ ser madre de pecadores./Mas tú eres/ maternal,/bendita entre las mujeres./madrecita virginal./Algo en tu rostro es divino/bajo tus cofias de lino. (Machado, 1998: 72-73).

La bondad, la pureza–frente a la suspicacia de la urbe- son los principales valores que extrae el yo-lírico. El sujeto ingenuo es aquel que no sigue las convenciones sociales, pero no porque las desafíe, sino porque las desconoce³. La monja, en este sentido, no practica los valores materialistas de la modernidad.

Azorín, aunque otorga a la monja española valores como la pureza (desde la simbología del blanco) y una intensa vida espiritual (desde el silencio del convento), considera que no olvida

ni reprime completamente su sexualidad. En sus novelas, la monja sabe mantener en secreto algunos atributos de su sexualidad femenina, como un único ámbito de su intimidad que no ha entregado a Dios. Por ejemplo, en *Antonio Azorín*, Azorín y Sarrió:

[e]n la estación han visto cuatro monjas. Estas monjas eran pobres y sencillas. [...] Unas y otras se han despedido y se hacían recomendaciones mutuas. La morena ha dicho: «y en particular a sor Elisa, para que se le vayan ciertas ilusiones». [...] Esta sor Elisa, que tiene ciertas ilusiones –piensa Azorín-, ¿quién será? ¿Qué ilusiones serán las que tiene esta pobre sor Elisa, a quien él ya se imagina blanca, lenta, suave, un poco melancólica, a lo largo de los claustros callados? [...] Las monjas han descendido del tren. Y se han perdido a lo lejos, con una maleta raída, con dos saquitos de lienzo blanco, con un paraguas viejo... (en cursiva en el original) (Azorín, 1998: 143-144).

Reflexiones muy similares ocupan al narrador en la entrada del *20 de noviembre* de *Diario de un enfermo*. Entrevé a una monja en la iglesia de Santo Domingo de Toledo, pero en lugar de desarrollar una atracción erótica morbosa, su visión se convierte en motivo de una serie de reflexiones sobre el anacronismo de la vida monacal y la posible represión de la sexualidad de la monja: “¿Qué hará esta monja? ¿Qué harán todas las monjas del convento durante todo el día, durante todo el año, durante toda la vida? [...] ¿Qué harán las monjas? ¿Qué hará la pálida monja de la redondeada sotabarba y los hoyuelos en las mejillas?” (Azorín, 2000: 212 y 214). Otros escritores de la Generación del 98 admiran igualmente la inocencia, la renuncia y la serenidad de la monja, pero también se han interrogado por su sexualidad. En el capítulo 29 de *Camino de Perfección*, de Baroja, Fernando Ossorio desarrolla una atracción morbosa hacia una *monja* entrevista en el coro de la iglesia del convento de Santo Domingo de Toledo, con la que infructuosamente trata de establecer comunicación epistolar, en quien cree ver a una mujer apasionada que se lamenta de su condición.

De alguna manera, los valores de la monja quedan sintetizados en la evaluación de una escultura de Alonso Cano sobre el éxtasis de Santa Teresa, realizada por el narrador en *Diario*

de un enfermo (22 de noviembre). Se aprovecha esta ocasión para establecer una equiparación con los valores de todo artista: “Yo amo a esa atormentada mujer con amor apasionado y mórbido. ¿Qué artista no la amaré? Teresa de Jesús es nuestra. Representa el desprendimiento profundamente artístico de las terrenas cosas, el ansia de infinito, el vuelo firme y sereno al ideal. Iluminada, abstraída, bravío espíritu en achacoso cuerpo –peregrina a través de toda España” (Azorín, 2000: 220-221). Es el más alto representante, más que el labrador, del ‘alma’ española.

Una figura muy cercana a la monja, la *beguina*, aparece en el simbolismo belga, pero no es en español. En la obra de Georges Rodenbach aparece en diversas ocasiones. En la novela *Brujas la muerta* aparece representado su sistema de vida, mientras que en el poema *Las mujeres con manto*, queda definida, junto con las campañas de la iglesia, como símbolo máximo de la ciudad muerta⁴. La *beata* también es muy común en la prosa de Azorín, más que todo como parte del trasfondo impresionista del pueblo abúlico. En pocas ocasiones queda individualizada. Una de estas excepciones ofrece un retrato de la tía Bárbara (Capítulo XXVII) en *Las confesiones de un pequeño filósofo*: “era una vieja menudita, encorvada, con la cara arrugada y pajiza, vestida de negro, siempre con una mantilla de tela negra. Yo no sé por qué suspiran tanto estas viejas vestidas de negro. Mi tía Bárbara llevaba continuamente un rosario en la mano; iba a todas las mismas y a todas las novenas.” (Azorín, 1968: 89).

El viaje en tren es ocasión para que Azorín, así como otros escritores del 98, encuentren y observen con atención a los más tradicionales tipos sociales del ‘alma castellana’. Así, de esta manera, el narrador de *Diario de un enfermo*, en la entrada correspondiente al 19 de noviembre, nos describe a los tipos sociales de un vagón de tercera, en un cuadro o escena que nos recuerda a la pintura *El vagón de tercera* (1875), de Honoré Daumier. En la escena de Azorín, se encuentran en este espacio labriegos⁵ y campesinas⁶, una de ellas una viuda, a la que dedica atención destacada⁷.

2.4. La mujer de pueblo: los valores asociados al trabajo cotidiano

Las mujeres de los pueblos abúlicos son muy apreciadas, aunque desde un enfoque patriarcal, por los narradores de las novelas Azorín. Constituyen el sostén del hogar rural. Conservan el sistema de producción pre-industrial en el procesamiento de los productos del campo. Son las guardianas de las tradiciones, de los utensilios hogareños, de la gastronomía. La mujer castellana, manchega o levantina, es una excelente ‘ama’ de su propio hogar. Es uno de los puntales del ‘alma castellana’, como expresan otros autores de la Generación del 98. Antonio Machado, por ejemplo, homenajea a la mujer manchega en el poema del mismo nombre de *Campos de Castilla*: “Es la mujer manchega garrida y bien plantada, / muy sobre sí doncella, perfecta de casada.” (Machado, 1998: 142).

La mujer del espacio rural conserva los mismos valores tradicionales que la mujer de siglos pasados. Para explicar la pervivencia de estos y otros valores tradicionales y costumbres de la cultura castellana de finales del siglo XIX, recurre Azorín a fuentes de los siglos XVII y XVIII. En el capítulo *La vida doméstica*, de la sección 1600, de *El alma castellana*, a la mujer española: “¿Cómo es la mujer española de estos tiempos?; Sabemos, acaso, cómo es ahora? // Seria, silenciosa, humilde y recogida, en las apariencias; levantisca y andariega, en el fondo. Cuando ama, ama con pasión ardorosa; cuando la humillan, se venga.” (en cursiva en el original) (Azorín, 2002: 99).

En ocasiones la ingenuidad no se refiere a la monja, sino a la campesina. Es el caso de la moza Virginia, de la aldea de Parayuelos, de *Don Juan*: “Cuando Virginia va a la ciudad, las gentes sonrén. Sonrén levemente. Sonrén de la gracia, de la ingenuidad de Virginia. ¿Por qué se pone Virginia este ostentoso collar? Todo el mundo sonrén del collar tosco y falso de Virginia.” (Azorín, 2002: 101). Incluso a veces la ingenuidad se expresa en las esposas de los notables de la localidad, como es el caso de Ángela, casada con el Maestre don Gonzalo, en *Don Juan*. El narrador destaca que en su cara se

aprecia “un arrebol de epicureísmo satisfecho.” (Azorín, 2002: 94). *Epicureísmo* es un término que expresa los valores que los narradores o los protagonistas de las novelas de Azorín asignan a los sencillos –no ‘contaminados’ por los intereses materialistas– habitantes de los pueblos abúlicos.

El sencillo epicureísmo, la serenidad y el trabajo meticuloso de las figuras femeninas de las novelas de Azorín son valores que deben reinterpretarse como producto de la sujeción que el sistema patriarcal aplica sobre la mujer. La serena satisfacción que la mujer aplica a sus labores hogareñas, en las novelas de Azorín, no es sino producto de los valores que la cultura patriarcal ha inoculado en las mujeres de los pueblos abúlicos en la España de inicios del siglo XX.

2.5. Los viejos oficios manuales

Los representantes de los oficios en trance de desaparición, en el ejercicio de su labor, también son muy comunes en las novelas de Azorín. El herrero y la herrería, por ejemplo, aparecen descritos en el Capítulo XVI de *Don Juan* y en el XXXI de *Las confesiones de un pequeño filósofo*. El tejedor y su lanzadera, asimismo, se detallan en el Capítulo XVI de *Don Juan*. Los *viejos oficios manuales*, aquellos que todavía se ejercen en viejos edificios, con el uso de utensilios antiguos, son típicos del pueblo abúlico, como ocurre en la descripción de las tenerías, en *Las confesiones de un pequeño filósofo*: “Yo siempre he mirado con una viva emoción estos oficios de los pueblos: los curtidores, los tundidores, los correcheros, los fragüeros, los aperadores, los tejedores que en los viejos telares arcan la lana y hacen andar las premideras.” (Azorín, 1968: 82).

Mientras que en algunas ocasiones, en los textos de Azorín se aprecia una crítica a la incapacidad que tienen los habitantes de los pueblos abúlicos de adaptarse a los nuevos medios de producción, como es el caso de la preparación del aceite de oliva, en otros el interés se centra en legitimar la pervivencia de las industrias tradicionales, frente a su posible desaparición. En estos casos, Azorín pretende

decirnos que los habitantes de los pueblos son ‘industriosos’, y que asumen esta predisposición en el marco de las industrias artesanales, alejadas de los métodos mecánicos de producción.

Otro representante de los viejos oficios es el *aurífice* u orfebre, como describe el Capítulo XII de *Don Juan*. También deben mencionarse, ya no en el ámbito de la producción, sino de la distribución de los bienes de consumo, a los *vendedores ambulantes*, es decir, los buhoneros, que pregonan en la calle sus mercancías, como en el caso de *Doña Inés* (Azorín, 1997: 51). Uno de estos últimos es el vendedor de almanaques (Capítulo XVI de la segunda parte de *Antonio Azorín*).

Azorín no es el único escritor de la Generación del 98 interesado en describir a tipos sociales en trance de desaparición (legado ideológico del costumbrismo). Pío Baroja, tanto en sus novelas como en sus memorias, tituladas *Desde la última vuelta del camino* (en una serie que lleva por título *Lo que desaparece en España*), asumió este programa ideológico.

2.6. Los inventores de artefactos inútiles

Los pueblos abúlicos están poblados por individuos instintivamente inteligentes (ingeniosos), pero que no saben canalizar su inteligencia hacia intereses productivos. Es el caso de los inventores de objetos inútiles o de objetos útiles que no llegan a perfeccionarse y a utilizarse, como ocurre en *La voluntad*: un caso es el de Quijano y el *toxiro*, un cohete. La prueba realizada en público concluye en fracaso. Este y otros inventos se pueden ver como símbolos de las *ideas sin ejecución práctica*, tema que vendría a preocupar a diversos intelectuales de la generación del 98. Otro caso, en la misma novela, es Val y su fabricación de una bomba para vino y de una trituradora de aceituna, inventos útiles que, sin embargo, no son empleados por una sociedad agrícola recelosa anclada en métodos tradicionales, económicamente improductivos, de procesamiento de los cultivos:

Val es un mecánico habilísimo: ha inventado una bomba para vino y una trituradora de aceituna, intentó construir un automóvil y ahora tiene en las

mientes fabricar un torpedo. [...] A su trituradora se le hace cruda guerra; los labradores no transigen con el nuevo aparato. Y el nuevo aparato –económico, fuerte, fácilmente manejable– hace inútiles los enormes trujales antiguos y ahorra trabajo en la molienda. La trituradora sería en otro país un negocio excelente; en Yecla [...] apenas si se construyen cuatro o seis ejemplares. (Azorín, 1996: 127).

En este caso, ya no se trata de un invento inútil que se desarrolla prematuramente, como en el caso del *toxpiro*, sino de un invento útil que encuentra la oposición de las ‘fuerzas sociales’ opuestas a la modernidad económica capitalista. El inventor que malgasta su ingenio en el pueblo abúlico y el cacique anclado en métodos tradicionales de procesamiento de los productos agrícolas se convierten en símbolo de la incapacidad de la sociedad española para encauzar las ‘fuerzas creativas’ hacia fines útiles que contribuyan al progreso y al bienestar de la nación. Los inventores de artefactos inútiles, en particular, no desarrollan *ideas sintéticas*: después de un periodo de exaltación inicial, se sumen en la abulia y no terminan de materializar sus planes. Como señala Ganivet (1998: 141), “la causa de la abulia es [...] la debilitación del sentido sintético”. Estos inventores son símbolo, además, de la ausencia de una política nacional que persiga objetivos colectivos definidos. Pululan en los pueblos de las novelas de Azorín sujetos que tienen ideas útiles para la modernización del país y que no pueden llevar a la práctica por ausencia de financiamiento económico.

También Ramiro de Maeztu realiza una crítica al estancamiento agrícola del interior castellano, mientras la periferia marítima se industrializa. En el capítulo *La meseta castellana*, de *Hacia otra España*, Maeztu (1998: 169-170), refutando ‘ideas recibidas’, lucha contra la victimización acomodaticia en la que han caído el campesino y las autoridades castellanar: el labriego castellano cultiva las tierras mediante el barbecho cuando solo es un sistema útil en tierras ricas en ganado; se queja de la carencia de agua, cuando tala los montes y no canaliza el Duero, el Tajo o el Guadiana; dice carecer de abonos animales, pero no produce abonos químicos; necesita asociarse entre sí, pero malgasta la

vida en pleitos y odios; necesita aprender a cultivar la tierra, pero consume los ahorros para convertir a sus hijos en abogados, médicos o sacerdotes. La crítica de este último proyecto educativo, propio de las familias castellanar, también es planteada por Rafael Altamira (1998: 153), en *La psicología del pueblo español*: “Una de las expresiones más graves de esa falta de estimación del saber [...] es el desprecio de las preparaciones técnicas, que produce, no solo nuestra escasa actividad científica, sino nuestra inferioridad económica.” La incapacidad para encauzar productivamente las fuerzas creativas está íntimamente relacionada, además, con los prejuicios ancestrales. Como declara Antonio Azorín en la novela del mismo nombre, el labrador manchego hace escaso uso del agua: “El riego pide abono; el abono cuesta dinero; cuanto menos se riegue, menos se gasta.../ Jovellanos ya notó esta opinión de los labradores meseteros de que el riego esteriliza las tierras.” (Azorín, 1998: 198). Fuera de la órbita de la intelectualidad estrictamente regeneracionista, Ortega y Gasset resalta también la ausencia de voluntad para ejecutar las ideas, en su ensayo *Azorín o primores de lo vulgar*:

la tierra española ofrece a quien la visita el espectáculo de un ademán moribundo que no ha acabado todavía. España es una vasta ruina [...] Como con las cosas ocurre con las ideas aposentadas en las cabezas. Fueron ideas; hoy son ruinas de ideas. Las ideas que han perdido su capacidad de regir eficazmente los corazones, las ideas arruinadas, mohosas, anquilosadas, carcomidas, son los tópicos. (Ortega y Gasset, 1957: 173).

El intelecto equivocadamente encauzado no siempre se muestra en inventores de artefactos inútiles o de mecanismos útiles cuyo uso se incentive. En ocasiones, se muestra en personas que canalizan su intelecto hacia planes triviales. Es el caso de don Herminio Larrea (Cap. XXII de *Doña Inés*), autor de un *Plan metódico para ganar siempre la lotería*.

No solo los inventores de artefactos inútiles son tipos sociales comunes en los pueblos abúlicos, sino también diversos rentistas que viven, se comportan y visten extravagantemente. Es el caso de Paco Téllez, que Martín (2000:

233 nota 147) define como *dandy de provincias*, residente en Lantigua, descrito en la entrada del 2 de febrero del *Diario de un enfermo*. Este personaje, además de derrochar su fortuna, y de pasar temporadas en Madrid y París, “viste extraños gabanes y se toca con desafortados sombreros que hacen que las buenas lantigüesas se asomen tras los visillos cuando pasa. Va contra toda corriente y contra toda práctica de pueblo.” (Azorín, 2000: 233). Otro *dandy de provincias* parece ser el tío Antonio, en *Las confesiones de un pequeño filósofo* (capítulo XXVI): “llevaba una larga y fina cadena de oro que le pasaba y repasaba por el cuello; se ponía: unas veces, una gorra antigua con dos cintitas detrás, y otras, un sombrero hongo, bajo de copa y espaciado de alas.” (Azorín, 1968: 84). Este es otro de los personajes epicúreos que, modesto propietario de tierras, sabe adoptar una vida sencilla. Es aficionado a jugar al tute en el casino, espacio en el que malgastan en tiempo los ‘señoritos’, según el Antonio Machado regeneracionista de *Campos de Castilla*.

Para Martín (2000: 233 nota 145), una de las funciones que cumple la aparición de estos inventores y personalidades extravagantes, que directamente nos interesa para caracterizar a los tipos sociales de los pueblos abúlicos, es la siguiente: “añaden a la vida monótona de provincias una nota distintiva que, en ocasiones, no hace sino resaltar y reforzar la monotonía misma de esa vida”. Es decir, sirven para destacar la improductividad intelectual de este espacio humano, su condición de yermo ‘espiritual’. Ejemplifican el *problema de España*, porque materializan, junto con infinitud de otros procesos sociales, el desperdicio de la fuerza vital de la ‘raza’.

Los tipos sociales explicados en este artículo adoptan, según sea el caso, una actitud abúlica o atarácica ante la vida. El concepto de abulia, surge en el romanticismo francés como dolorosa contemplación pasiva de la corrupción social, y queda resignificado en España a la luz de la necesidad de regeneracionismo que tiene este último país (Shaw, 1998: 453-454). Abúlicos son, por ejemplo, los señoritos del casino, el labriego que se resiste a los cambios, o el inventor

que termina por abandonar su artefacto. En cambio, son atarácicos aquellos tipos sociales que, después de una época de luchas sociales sin logros, buscan desprenderse del ‘dolor’ de ver el mundo en postración moral: aquí identificamos a los numerosos intelectuales que pueblan las novelas de Azorín.

3. Conclusiones

En las novelas de Azorín, la atención a los tipos sociales de las ciudades y los pueblos abúlicos se enmarca en la contribución de la corriente psicológica del ‘alma popular’ en la estructuración del pensamiento ideológico del autor alicantino. Por medio de la descripción del narrador o del personaje Antonio Azorín, en sus constantes viajes y paseos, la descripción y reflexión sobre los tipos sociales busca detallar los valores de la nación española. Algunos de estos tipos sociales, como símbolos del ‘alma popular’, son ambivalentes. Es el caso del labriego. Por una parte, materializan el primitivismo y la taciturnidad que solo pueden surgir en el medio físico y social degradado de las ciudades y los pueblos abúlicos. Sin embargo, estos mismos tipos sociales adoptan una vida sencilla y unos valores no ‘contaminados por las relaciones artificiosas de la civilización’.

Algunos tipos sociales se encuentran en otros autores españoles y europeos: el caso más relevante es el de la monja (Antonio Machado; Pío Baroja), o la vieja beata (Georges Rodenbach). En otras ocasiones, son tipos sociales singulares de la escritura azoriniana, como ocurre, más que todo, con las figuras intelectuales que se retiran después de repudiar la activa vida política (el mismo Antonio Azorín o Yuste). Han dejado su vida activa en las grandes capitales y se dedican a desarrollar una epicúrea vida retirada en el pueblo abúlico, dentro de los parámetros ideológicos del *Beatus ille*.

La monja, vinculada al reposo, y típica de una sociedad más tradicional y religiosa (supone un anacronismo en un mundo moderno y secular) es valorada positivamente. Azorín le inviste con los valores de la ingenuidad, la pureza, sin olvidar su sexualidad, un misterio para los profanos.

El labrador, que suele recorrer las callejuelas de las ciudades y los pueblos abúlicos, suscita reflexiones noventayochistas (valores senequistas), así como críticas regeneracionistas (su oposición a toda innovación en los cultivos). Los inventores de artefactos inútiles también suscitan críticas: tienen ideas ‘picudas’ (Ganivet) que no terminan de materializarse y de obtener resultados útiles. Los curas y los maestros, aunque en alguna ocasión suscitan la crítica de los narradores por su sistema educativo autoritario, son ejemplos de dedicación a la comunidad. También ocupan un papel relevante los oficios tradicionales en trance de desaparición, cuya representación no encontramos en la escritura de autores europeos como Rodenbach.

Notas

1. Entre otras fuentes sobre este término, véase Jurkevich (1992) y Shaw (1997, 1998).
2. Las prácticas educativas de este maestro se asemejan a las de la madrileña Institución Libre de Enseñanza, que promovía la realización de excursiones al espacio rural.
3. Para apreciar los valores del sujeto ingenuo frente a los respaldados por la sociedad hegemónica, consúltese Lo cómico y su relación con lo inconsciente, de Freud.
4. La beguina es una mujer que desarrolla una vida monacal, aunque no pertenece a ninguna orden religiosa. Barbe, la criada de Hugues Vianes, aspira a ingresar, cuando deje de servir, en un *beaterío*.
5. Esta es la descripción de los labriegos: “En el tren. El vagón -de tercera- lleno de labriegos tocados de pardos y aceitosos sombreros; carnosos labriegos de belfos labios resecaados, agrietados; a cureña rasa la faz enrizada de cardosos pelos; en la comisura de la boca la colilla, apagada, tostada...” (Azorín, 2000: 203-204).
6. “Las mujeres, rígidas, glaciales, la cesta sobre las rodillas, pasados los brazos por el asa- callan.” (Azorín, 2000: 204).
7. “Es una vieja vestida de negro [...] La cara de la vieja, se ilumina. Destaca violentamente, azulada, cadavérica –media; queda en la sombra, indecisa, negruzca, la otra media.” (Azorín, 2000: 204).

4. Bibliografía

- Altamira, Rafael. 1998. *Psicología del pueblo español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Balzac, Honoré de. 1945. “Prefacio. En: *Escenas de la vida parisense. Esplendores y miserias de las cortesanas, vol. I*. Ediciones Calfope. Buenos Aires, Argentina, 1-12.
- Baroja, Pío. 2002. *Camino de perfección*. Madrid: Alianza editorial.
- Cadalso, José. 2006. *Cartas marruecas. Noches lúgubres*. Madrid: Editorial Cátedra.
- Castro, Rosalía de. 2001. *Obra poética*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Costa, Joaquín. 1961. “El arbolado y la patria. Efectos desastrosos de la despoblación forestal”. En: *Antología mayor de la literatura española. IV. Neoclasicismo, Romanticismo, Realismo* (Dirección, prólogo y notas de Guillermo Díaz-Plaja). Barcelona: Editorial Labor, 1406-1407.
- Ganivet, Angel. 1998. *Idearium español*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Jurkevich, Gayana. 1992. “Abulia, nineteenth-century psychology and the Generation of 98”, *Hispanic Review*, 60(2), 181-194.
- Machado, Antonio. 1998. *Campos de Castilla*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Maeztu, Ramiro de. 1998. *Hacia otra España* (Introd. de Javier Varela). Madrid: Biblioteca Nueva.

- Martín, Francisco J. 2000. "Introducción". En: José Martínez Ruiz (Azorín). *Diario de un enfermo*. Madrid: Editorial Biblioteca Nueva, 7-115.
- Martínez Ruíz, José (Azorín). 1968. *Las confesiones de un pequeño filósofo*. Madrid: Espasa-Calpe.
- _____. 1996. *La voluntad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. 1997. *Doña Inés. Historia de amor*. Madrid: Acento Editorial.
- _____. 1998. *Antonio Azorín*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. 2000. *Diario de un enfermo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- _____. 2002. *Don Juan*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ortega y Gasset, José. 1957. "Azorín o primores de lo vulgar." En: *Obras completas. Tomo II. El espectador* (1916-1934). Cuarta edición. Madrid: Revista de Occidente.
- Peña, Aniano. 1978. "La 'Volkerpsychologie' y la visión de España en la Generación del 98", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 331, 82-101.
- Prieto de Paula, Ángel. 2006. *Azorín frente a Nietzsche y otros ensayos noventayochistas*. Alicante: Editorial Aguaclara.
- Rodenbach, Georges. 2011. *Brujas la muerta*. Madrid: Vaso Roto.
- Shaw, Donald L. 1998. "More about Abulia", *ALEC*, 23, 451-464.
- Shaw, Donald L. 1997. *La generación del 98*. Madrid: Cátedra.
- Vignerón, Denis. 2009. *La création artistique espagnole à l'épreuve de la modernité esthétique européenne* (1898-1931). Paris: Éditions Publibook.
- Zola, Emile. 2002. "La novela experimental". En: *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*. Barcelona: Editorial Península, 41-93.

